

Una mujer que creció en un pueblo en que habían una Iglesia Católica de rito latino (nuestro rito) y una iglesia Católica oriental en que la liturgia era cantado en el idioma eslavo, contaba esta siguiente historia verdadera .

Con el fin de aumentar el coro de la Iglesia de Oriente para la celebración de Pentecostés, esta mujer que en esa época era una niña fue reclutada con varios otros para cantar en el coro de esta Iglesia para esa fiesta. Durante la misa el sacerdote en una de las muchas letanías, que son parte de los ritos litúrgicos de Oriente, cantaría en voz alta: "¡Ven, Espíritu Santo!" Y por tradición de esta parroquia local, desde un balcón se liberaría una paloma blanca sobre los feligreses. En este particular Pentecostés, se le dio la tarea de la liberación de la paloma a un hombre de edad. Él acunó cuidadosamente la paloma sobre su pecho debajo de su abrigo pesado. El sacerdote cantando en idioma eslavo en voz alta dijo: "¡Ven, Espíritu Santo!". Pero no paso nada. Una vez más, él cantó: "¡Ven, Espíritu Santo!" De nuevo no hubo respuesta. Por tercera vez el sacerdote gritó con gran urgencia: "¡Ven, Espíritu Santo!" No queriendo que la paloma fuera a volar muy lejos antes del tiempo designado, el anciano hombre había puesto la paloma tan apretada dentro de su abrigo, que cuando abrió su abrigo para liberar la paloma en el momento en que el sacerdote le había indicado, encontró con horror que la paloma había sido privada de oxígeno y ¡había muerto! Entonces desde el balcón el hombre anciano cantó en eslavo como respuesta: "¡El Espíritu Santo se asfixió a sí mismo!"

Esta historia, aunque muy divertida, sí ofrece algunos puntos de reflexión para esta celebración de Pentecostés en el día de hoy.

En primer lugar, culturalmente, por medio de ciertas pólizas gubernamentales o propuestas políticas en que el derecho de los creyentes a llevar la fe a una plaza pública o poder expresarla, en una conversación, en la formación de una política gubernamental, especialmente en áreas que afectan directamente a la vida humana y la familia, todas estas cada vez son más atacadas. En la cultura popular, la libertad religiosa es el derecho de adorar y rezar en la iglesia, pero una vez que salimos fuera de ella, la fe y convicciones morales deben de quedarse en la Iglesia también. Al igual que nuestros antepasados con fe en los tiempos antiguos debemos continuar defendiendo y luchando contra todos los intentos de asfixiar la voz y la acción del Espíritu Santo, ambos como miembros fieles de la Iglesia y como ciudadanos fieles. Jesús mismo nos ha dicho: "Ustedes son mis testigos" (Mt. 28:16 ff).

En segundo lugar, como miembros de la iglesia, tenemos que protegernos a si mismos de no tratar de sofocar el Espíritu Santo, cuando nos aferramos muy fuerte a una teología personal o a una visión de la iglesia, o de ser "seguidores" de un obispo en

particular, un autor, o de una ideología de un grupo que práctica una determinada "visión" de la iglesia, su liturgia, su ley, sus prácticas devocionales, y cuando vemos a otros que no se suscriben en su totalidad o en parte, a estos puntos de vista de práctica de fe, se los acusa de ser "unortodoxos".

Nosotros nos proclamamos a si mismos "la Iglesia Católica". La historia de la Iglesia nos revela que es una que, mientras estemos de acuerdo en sus doctrinas centrales, que hemos adoptado una variedad de enfoques teológicos para entender y explicar las verdades de la fe, y con la promoción de una gran variedad de formas litúrgicas oficialmente reconocidas, y con el apoyo de múltiples prácticas devocionales. Todos necesitamos orar para la gracia de la humildad, y cuando todos juntos bajo el liderazgo del Papa y los obispos viajamos en nuestra peregrinación de fe, alentándonos y celebrando las muchas formas en que el Espíritu Santo se mueve entre nosotros.

En tercer lugar, en nuestra vida personal necesitamos evitar de sofocar el Espíritu Santo cuando sucumbimos a la tentación de ocultar nuestra fe por miedo, o por vergüenza, o alguna otra razón. Jesús en el evangelio de hoy nos dice que se nos ha dado el Espíritu Santo con el propósito de equiparnos a nosotros para dar testimonio de él. Cuando se da testimonio sobre Jesús, no sólo es de compartir en forma verbal nuestra fe con otros, y esto es muy importante. Damos testimonio sobre Jesús cuando (y quizás mejor) cuando elegimos vivir diariamente los frutos del Espíritu Santo en nuestras interacciones con los demás como dice en Gálatas (5:22): *"El fruto de Espíritu Santo es caridad, alegría, paz, comprensión de los demás, paciencia, generosidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo"*. En los Hechos de los Apóstoles es la narración del encuentro entre los primeros seguidores de Jesús y de los ciudadanos locales de Antioquía, nos informa que a través de estos encuentros diarios entre creyentes y no creyentes en que *"fue en Antioquía donde los discípulos por primera vez recibieron el nombre de cristianos"* (Hechos 11:26). Con esperanza, esperemos que nuestros conciudadanos en Ames digan lo mismo de nosotros: "Ellos son cristianos. ¡Mira cómo se aman unos a otros y todos nosotros! Nosotros o yo hemos experimentado a Jesús en él /o en ella / o en ellos".

La tradicional narración de hoy de la historia de Pentecostés en el libro de los Hechos nos narran que aquellos reunidos en el aposento alto de una casa en Jerusalén, y que después de recibir el derramamiento del Espíritu Santo inmediatamente se pusieron a dar testimonio sobre Jesús. El Espíritu no fue suprimido, sino que fue liberado con vida por ellos y en ellos. ¡Que así sea para nosotros también!

Padre Jim Secora